

## *La masacre del Kikuyo*

Don Atilio había pasado toda su vida en Capital Federal y una vez jubilado, con sus ahorros y la venta del departamento de San Cristóbal, decidió irse a vivir a algún barrio alejado de la gran ciudad.

En los años '60, época en la que se mudó Don Atilio, Temperley —una localidad de la Provincia de Buenos Aires— era una ciudad de casas quintas y calles de tierra, excepto las principales que eran de asfalto. Había muchos jardines y la mayoría de las casas tenían parque o al menos un fondo donde tenían una huerta y árboles frutales. La tierra era muy buena y servía para sembrar cualquier planta.

La propiedad que había comprado Don Atilio, hacía algunos meses que estaba deshabitada. Afortunadamente la casa tenía buen estado, bueno, algo mal de pintura y nada más. Eso sí, el fondo parecía una selva tropical. Como le gustaba mucho la jardinería y nunca pudo desarrollar, ya que siempre vivió en edificios, él mismo se ocupó de arreglar el fondo. Si bien pasó a ser su hobby favorito, no tenía muchos conocimientos de botánica; más bien era su terapia. Fue gracias a los consejos de Raúl, el encargado de “Vivero Marcelino” de la otra cuadra, que pudo hacer de esa selva una pradera y sentirse un verdadero jardinero.

Al principio desmalezó y se encargó de curar a los dos árboles que allí había: un limonero y un ciruelo. Una vez eliminada toda la maleza y yuyos del fondo, decidió sembrar césped. Le preguntó a Raúl y éste le aconsejó sembrar un césped, originario de África llamado Kikuyo, que vulgarmente le dicen Gramillón. Como le comentó a Raúl que buscaba un césped que resistiera las pisadas, éste le aconsejó tal variedad. Don Atilio pensaba disfrutar del fondito, además ya tenía la mesa y sillas de hierro, pintadas de blanco, para tomar mate a la tardecita.

Lo sembró en el tiempo que Raúl le aconsejó. Estaba ansioso por ver el pastito de su fondo. Lo regaba a la tardecita, cosa que no se quemen los pequeños brotes. Pero su ansiedad desapareció muy pronto, ya que el Kikuyo creció rapidísimo y en menos de dos semanas ya había poblado todo el parque. Realmente era maravilloso, no parecía césped, era una alfombra. Se veía precioso. Prácticamente no había insectos, cosa extraña ya que en los alrededores abundaban moscas, mosquitos y hormigas. En cambio Don Atilio no sufría de esos molestos insectos y nunca se preguntó el por qué, sencillamente estaba contento. Más cuando Doña Estela, la vecina que vivía terreno de por medio, elogiaba aquel parque, según ella, único en el barrio.

Lo regaba con cariño, aunque lo fastidiaba cuando en verano crecía más de la cuenta, ni hablar cuando llovía. Eso sí había que cortarlo todas las semanas porque de lo contrario el

césped se iba arriba de las baldosas de la casa. Sus guías trepaban por sobre todo lo que encontraban en el suelo. Una vez dejó el rastrillo afuera; como hubo mal tiempo por casi una semana no lo vio y allí quedó todo ese tiempo. Cuando salió no podía creer lo que veía. El Kikuyo había “atrapado” con sus guías al rastrillo, que se había caído, seguramente por el viento, y el césped pasó por encima de él. A Don Atilio le costó mucho encontrarlo y luego sacarlo. Tuvo que cortar con la tijera de podar las guías y así recuperó su herramienta. Daba trabajo aquel césped africano, pero ver esa alfombrita natural hacía olvidar todas las laboriosas faenas que le exigían.

Al cabo de varias temporadas estivales y debido a algunas dolencias que no le permitían cortarlo semanalmente, poco a poco la pradera estaba dejando lugar nuevamente a la selva. Ya no disfrutaba tanto del fondito. Su única compañía era Doña Estela que una vez por semana iba a tomar mate con él. La ventana de la habitación de Don Atilio daba al fondo y sufría cuando veía como el Kikuyo crecía y crecía, llegando a medir, en un verano, cincuenta centímetros de altura. Incluso tapaban parcialmente la mesa y las sillas. Del cariño pasó al odio por ese ser que crecía sin cesar. Pensaba en Raúl, pero él ya no estaba. Se había casado y mudado a la Costa Atlántica, a Miramar, ya que le ofrecieron trabajo en un vivero de allí. Encima en lugar de un vivero, en la

otra cuadra había ahora una carnicería, donde obviamente no lo podrían aconsejar sobre césped.

Cuando pudo reponerse en otoño tomo una decisión: arrancaría de cuajo al maldito césped. No sabía si era lo correcto, pero como Raúl no podía opinar pensó que era lo que correspondía. Además ya no quería a ese insoportable césped.

Un domingo, luego de tomar unos mates, Don Atilio decidió empezar la cruel tarea. Comenzó utilizando una tijera de podar para cortar al Kikuyo. Su enfermedad le restaba fuerzas y fue poco lo que pudo hacer. Pero lo más extraño fue que el Kikuyo empezó a comportarse de manera diferente. Apenas se cortaba una guía, esta empezaba a crecer. De hecho Don Atilio vio a simple vista como el césped crecía.

Al principio pensaba que era imaginación, pero cada vez que Don Atilio cortaba al césped, éste volvía a crecer más rápido. Incluso parecía que el césped lo seguía. Tomó entonces una bordeadora y lo empezó a cortar con odio. No le importaba cómo estaba quedando. En esa loca poda y sin darse cuenta se hizo profundos cortes en las piernas, produciéndole pequeñas hemorragias. Al cabo de unos minutos quedaba muy poco del Kikuyo, que estaba manchado con sangre de los cortes de las piernas. Lo increíble es que ahora el césped crecía a una velocidad inusitada, y además parecía absorber la sangre de Don Atilio. Éste trató de calmarse pero no pudo. Sin darse cuenta, con la máquina,

cortó el cable de alimentación, ocasionándole una descarga eléctrica. Luego del shock sufrido, tiró furioso a la cortadora contra la pared, insultándola.

Bastante agitado y muy asustado, se paró sobre la parte embaldosada del fondo para mirar que estaba sucediendo en realidad, intentando salir de la pesadilla. Tan desencajado estaba que las lastimaduras no le dolían, y tal vez ni se dio cuenta que las tenía. Entonces el Kikuyo empezó a desplegar sus guías sobre las baldosas, entre las sillas y la mesa del jardín, en búsqueda de su agresor. Don Atilio fue adentro y trajo una pala de punta. Se acercó a las guías rastreras y las cortó con la filosa pala. Lo hizo en reiteradas oportunidades, rompiendo muchas baldosas y el Kikuyo, luego de un corte, crecía más rápido. Lamentablemente en un intento, ya fastidiado, erró el golpe con la pala y se cortó dos dedos del pie. El dolor fue tan grande, que ni siquiera gritó. Durante unos minutos estuvo tirado sosteniéndose el pie con fuerza, intentando detener la hemorragia. A todo esto el Kikuyo ya estaba rodeando a Don Atilio, pero además algunas guías estaban ingresando al cuerpo del herido hombre por el cercenado pie. Al notar esto Don Atilio se puso loco, se aterró aún más. Viendo que el Kikuyo, además, lo había enroscado por el pie y estaba, literalmente, succionándolo de a poco, tomó una decisión más drástica todavía: decidió cortarse el resto del pie a la altura

del tobillo. Tomo coraje y dio un duro golpe. Esta vez si gritó. Era un alarido entre dolor y euforia.

Fuera de sí empezó a arrastrarse hacia su casa, pero no estaba huyendo. Ahora estaba decidido a matar al maldito y sangriento césped, aún pereciendo él mismo: pensaba incendiarlo. En la cocina tenía siempre una botellita de alcohol de quemar. Su estrategia era tirarle alcohol y prenderlo fuego. Pero en este instante el Kikuyo, que crecía a gran velocidad, lo agarró con sus guías y no lo dejó avanzar más. Peor aún, lo estaba llevando hacia la tierra, cosa que se facilitaba debido al gran charco de sangre que había en todo el fondo. Don Atilio intentó un par de veces cortar las guías del césped con sus manos, pero él estaba atrapado: los brazos, las piernas y hasta el tronco, estaban enroscados por las guías del césped asesino. Una vez que el cuerpo del hombre llegó a la tierra, el Kikuyo empezó a crecer más rápido aún, incluso estaba cambiando de color dejando al verde por un bordó. Don Atilio casi no se veía, poco a poco el Kikuyo lo tapó del todo...



Días después, debido a la denuncia de Doña Estela, la policía ingresó a la casa de Don Atilio. En el barrio hacía varios

días que no se lo veía. Llamaban a la casa y nadie contestaba. Por eso la preocupación de Doña Estela. Recorrieron la casa y estaba todo ordenado tal cual la había dejado Don Atilio, con el mate y la pava en la mesa de la cocina. Pero el fondo estaba distinto. El piso del jardín estaba muy roto, la tijera de podar y la pala tiradas. En un rincón apareció la rota bordeadora; pero no había ningún rastro de sangre. Eso sí el pasto estaba bastante crecido, llegando unas guías a estar sobre las baldosas. Una policía comentaba: “*¿Qué le pasó a este tipo? ¿Enloqueció?*”.

Al caminar sobre el crecido césped, de color verde con matices rojos, un oficial sintió un crujido, parecía una madera. Cuando la tomó descubrió que no era una madera... era un hueso. Desmalezando esa zona descubrieron un esqueleto. Luego del hallazgo un policía comentó “*Miren el pasto... ¿Está creciendo?*”

*D.P.*